



Escritos de Psicología

2002, 6: 1-17

LO QUE HE APRENDIDO TRAS 40 AÑOS DE INVESTIGACIÓN EN PERSONALIDAD¹ *THIS HAVE I LEARNED FROM OVER 40 YEARS OF PERSONALITY RESEARCH*

Seymour Epstein

Universidad de Massachusetts, Amherst

HEMEROTECA

I

Resumen Durante los más o menos 40 años en que he realizado investigación sobre personalidad, he tenido diferentes oportunidades de reflexionar acerca del proceso de investigación que, según creo, merece la pena compartir: el reconocimiento del aspecto humano de la ciencia; algunas lecciones procedentes del debate persona-situación; lecciones aprendidas al comparar la investigación en situaciones naturales de alta implicación personal, como el paracaidismo, con sus análogos de laboratorio; el reconocimiento de lo que es erróneo en el concepto freudiano de inconsciente y lo que debería hacerse para reemplazarlo y la conciencia de sesgos en el proceso de revisión de las revistas. Quizás la lección más general que he aprendido es que el avance de la Psicología como una ciencia acumulativa e integradora queda limitado no tanto por su complejidad conceptual, como por la dificultad de los humanos para observarse a sí mismos con objetividad, honestidad, coraje y con el deseo de evitar falsas ilusiones.

Palabras clave Emoción, ansiedad, personalidad, sí mismo.

Abstract During the over 40 years in which I have conducted personality research, I have had a number of insights about the research process that I thought would be worth sharing: an awareness of the human side of science; lessons from the person-situation debate; lessons from comparing research on highly ego-involving natural events, such as sport parachuting, with laboratory analogues; the realization of what it is wrong with the concept of Freudian unconscious and what should be done to replace it; and awareness of pervasive biases in the journal-reviewing process. Perhaps the one more general lesson I have learned is that the advancement of psychology as a cumulative, integrative science is hampered not so much by its conceptual complexity as by the difficulty of humankind to view itself objectively, with honesty, courage, and a willingness to surrender illusions.

¹ This I have learned from over 40 years of Personality research. *Journal of Personality*, 65:1, 1-32, 1997. Publicado con la amable autorización de la revista, editada por la Duke University Press.

Ser invitado por el editor de una prestigiosa revista como es *Journal of Personality* para escribir sobre lo que uno quiera desde el punto de vista de un psicólogo veterano, es una magnífica y única oportunidad. No voy a llegar tan lejos como para decir que merece la pena hacerse mayor, pero, ya que en este respecto no hay elección, es agradable poder elegir al menos en otros asuntos. La invitación me llevó a buscar en lo más profundo de mi alma algo que decir y con un valor más allá de lo usual en un artículo de revista. Primero, se me ocurrió la idea de escribir acerca de la naturaleza humana en la empresa científica. De una experiencia que tuve al principio de mi carrera, aprendí que el elemento personal, humano, en la ciencia es bastante más importante de lo que había sospechado. Más allá de su efecto decepcionante, esta experiencia me dio una importante lección acerca de la naturaleza del procesamiento humano de la información.

Una segunda idea era escribir acerca de lo que he aprendido a través del contraste entre el estudio de la ansiedad y el dominio de la misma en una situación real, hacer paracaidismo, y su análogo en el laboratorio. La experiencia me dio una visión de las virtudes y limitaciones de los dos tipos de investigación.

Una tercera idea fue escribir sobre el debate persona-situación, ya que aporta abundante información tanto sobre el aspecto humano de la investigación como sobre los valores y limitaciones inherentes a los diferentes enfoques. Lo más importante es que aún quedan lecciones considerablemente importantes que aprender de este debate.

Una cuarta idea era escribir sobre la necesidad de una nueva, y mejorada, teoría del inconsciente. Hubo un tiempo en que creí que el concepto freudiano del inconsciente era la contribución individual más importante a la ciencia psicológica. Ahora me parece increíblemente disparatado que la única duda real que me ha quedado es por qué hay tanta gente que todavía cree en él.

Una última idea fue escribir acerca del proceso de revisión que realizan la mayor parte de nuestras revistas más prestigiosas. Creo que su política frena la creatividad y limita el avance de la ciencia psicológica. Es más, hacen que la lectura de nuestras revistas sea una tarea increíblemente aburrida.

Voy a evitar la tentación de escribir sólo de algunos de los temas anteriores por dos razones. Primero, es difícil para mí elegir entre ellos. Segundo, desde la posición aventajada de un psicólogo veterano, creo que mi mejor contribución puede consistir en algo que no es fácil de encontrar en las revistas, fundamentalmente experiencias de primera mano que han cambiado mi modo de pensar sobre la Psicología. Dicho enfoque no sólo tiene

la ventaja de resultar más divertido de escribir, y por tanto más divertido de leer, sino que me va a permitir tocar todos los temas anteriores.

En resumen, voy a discutir los temas siguientes basándome en mi experiencia personal tras muchos años de realizar investigación: la naturaleza humana en la empresa científica, las diferencias entre la experimentación de campo que exige una mayor implicación personal, pero un menor control, y sus análogos experimentales de laboratorio, mejor controlados, pero con una menor implicación personal; lecciones aprendidas y por aprender del debate persona-situación; la necesidad de una nueva teoría del inconsciente y su implicación en una nueva teoría de la personalidad; y las premisas inherentes al proceso de revisión en las revistas científicas.

LA EDAD DE LA INOCENCIA Y LA LUNA DE MIEL. EL PERIODO POSTERIOR A MI TESIS DOCTORAL

Hace muchas lunas, cuando el mundo era joven y yo un joven licenciado en Psicología, creía que los psicólogos estaban comprometidos con una desprendida persecución de la verdad. Tenía poco aprecio por el lado humano de la ciencia. Mis profesores no me enseñaron nada sobre él en la Facultad. Presumiblemente, como científicos, todos seguíamos las mismas reglas de la comprobación objetiva de hipótesis derivadas de las teorías y de la consiguiente verdad, dondequiera que nos llevara. Si nuestros resultados eran significativos al nivel del .05, concluíamos que la versión nula de nuestra hipótesis era falsa; si nuestros resultados eran significativos sólo al .06 concluíamos que no lo era. Al menos éste era el modo en el que fui entrenado en la facultad. Robert Rosenthal (1991) todavía no había hecho su aguda observación de que a Dios le debe gustar el nivel del .06 igual que el .05, y, de haberlo hecho, nadie en ese momento lo hubiera escuchado, puede que ni siquiera Dios.

Durante los primeros 13 años de mi carrera como psicólogo clínico académico, tenía pocos motivos para cuestionar mis puntos de vista sobre la naturaleza de la ciencia y la pureza de corazón de los científicos. Mi investigación me proporcionaba pocos desafíos serios a los enfoques dominantes, así que mis publicaciones fueron aceptadas con facilidad. Cuando era un estudiante licenciado, el primer artículo que envié se aceptó sin la revisión de una revista del APA: una ganga, pensé, sin saber entonces que no se iba a repetir en los más de 100 artículos publicados que le siguieron.

Como nuevo profesor ayudante, solicité una beca NIMH² de investigación. La propuesta de investigación fue rechazada en un primer momento, pero el año

siguiente, en una nueva solicitud, fue aceptada, y ha sido renovada sin interrupción desde entonces, durante más de 40 años. Es cierto que la carretera no ha sido siempre totalmente lisa. Empezaron a aparecer baches según iba desarrollado puntos de vista más controvertidos.

LA PÉRDIDA DE LA INOCENCIA: EL LADO HUMANO DE LA CIENCIA

Experimenté un duro despertar cuando envié un artículo escrito en colaboración con un investigador asociado, Ken Burstein, al *Journal of Experimental Psychology*. El artículo presentaba un estudio que habíamos realizado sobre la generalización de estímulos de la Respuesta Galvánica de la Piel (RGP) (Epstein y Burstein, 1966). Como psicólogo clínico, estaba interesado en el procedimiento más efectivo para extinguir la ansiedad generalizada. Esto, por supuesto, exigía para comenzar el establecimiento de un gradiente de generalización. Para obtenerlo, usamos un paradigma de condicionamiento en el que se apareaba un tono con un shock eléctrico en varios ensayos repetidos, hasta que el tono elicitaba por sí solo la RGP. El siguiente paso era examinar la magnitud de la RGP como función de una dimensión de tonos que diferían en similitud con el tono original. El problema residía en que éramos incapaces de obtener el gradiente de generalización anticipado. Obtuvimos todas las curvas imaginables, pero no predominaba el gradiente monótonico decreciente que aparecía en casi todos los libros de texto de Psicología General y Experimental de ese momento. Esto nos sorprendió enormemente, tanto como la curva obtenida por Hovland para su tesis doctoral (presentada en Hovland, 1937) utilizando un procedimiento idéntico al nuestro.

Hull quedó tan impresionado con los resultados de Hovland que proclamó que la forma matemática de la curva era tan importante para la Psicología como la ley de la gravedad para los físicos. Entonces, ¿por qué nosotros no podíamos encontrar la curva? Una intensa búsqueda en la literatura nos reveló que, aunque eran muchos los que habían intentado replicar la curva, nadie había obtenido gradientes de generalización monótonica robustos, quedando sólo las curvas que se ajustaban con mayor precisión a la fórmula de Hull. Más revelador todavía, nadie pudo admitir que no había encontrado un gradiente fiable de generalización. Un psicólogo informó de que había obtenido un gradiente de generalización sólo en la primera de las series de ensayos, y otro que lo obtuvo sólo en el último ensayo. Otro mostraba

un gradiente con ¡curva cero!

Nosotros esperábamos revisiones positivas al haber puesto al descubierto una falsa ilusión. Para nuestra sorpresa, las revisiones fueron unánimemente negativas. Un revisor incluso sugirió que debíamos ser “reprendidos” por hacer una investigación tan deplorable y por llegar a conclusiones tan erróneas. La principal objeción de este revisor era que la magnitud media de nuestra RGP era considerablemente diferente de la de Hovland. Además, llegó a la conclusión de que nuestros resultados no eran válidos. Antes de escribir la réplica, conseguimos una copia de la tesis de Hovland mediante un préstamo interbibliotecario y descubrimos que la diferencia en el tamaño de las RPGs se explicaba completamente por el tamaño de los electrodos. Armados con esta información, pedimos una nueva evaluación. El editor accedió a publicar el artículo como un “informe breve”, lo que significaba reducirlo a tres páginas e incluir no más de cinco referencias. Esto, por supuesto, destruía nuestra devastadora revisión bibliográfica. No es necesario decir que el sueño de fama instantánea por nuestro gran descubrimiento no se materializó. Al contrario, nuestro artículo fue totalmente ignorado. Sin embargo, sospecho que fue algo más que una mera coincidencia el que no mucho después de la publicación de nuestro artículo la famosa curva de Hovland desapareciera de los libros de texto.

¿Qué lección puede uno aprender de esta experiencia? Para mí en ese momento fue un hecho revelador del componente humano en la ciencia. Aprendí que la gente es gente y que ser un científico no le hace a uno tener propósitos más nobles que los demás. Los científicos, como los demás seres humanos, están motivados por intereses creados, entre los más importantes de los cuales está el ir a la cabeza en un campo de trabajo y, relacionado con ello, ensalzar su autoestima y mantener su sistema de creencias.

Otra lección que aprendí es que hay algunas situaciones que sirven como laboratorios naturales para observar la conducta en la vida real y que esto incluye al proceso de revisión editorial como laboratorio natural por excelencia para observar el proceso de decisión. Generalmente, dos o tres revisores reciben un estímulo estándar (tu artículo), y usan sus procesos cognitivos, presumiblemente, para llegar a un juicio justo y objetivo sobre si debe ser publicado. Se puede aprender mucho de este procedimiento acerca de aquello a lo que Tversky y Kahneman (1982) llamaron un “juicio en condiciones de incertidumbre”. Por ejemplo, el proceso de evaluación de los artículos de revista se supone que opera de *abajo a arriba*, esto es, de los hechos a la decisión. Mi impresión, después de haber visto un gran número de

² NIMH National Institute of Mental Health

revisiones sobre mis artículos y los de otra gente, es que es mucho más frecuente que no sea así: el proceso opera de *arriba a abajo*. Los revisores obtienen una impresión general de si un artículo les gusta o no, a menudo acompañado por sentimientos vagos y desarticulados, conocidos en la Teoría del sí mismo Cognitivo-experiencial (TSCE)³ como *sensaciones* (Epstein, 1994a). De acuerdo a la TSCE, esas *sensaciones* influyen en el razonamiento consciente, con frecuencia sin que nos demos cuenta. El resultado es que los revisores se sienten motivados a encontrar pruebas objetivas congruentes con sus propias *sensaciones*. Cuando encuentran tales pruebas, asumen que éstas eran el origen de sus conclusiones, y se contentan con la idea de que sus conclusiones están determinadas objetivamente por razones que pueden identificar explícitamente. Discutiré más adelante el proceso de revisión en mayor detalle. Por el momento, simplemente desearía hacer notar que se pueden aprender cosas interesantes de los laboratorios naturales, lo que nos lleva a la siguiente sección, en la que describiré las lecciones que he aprendido del uso de un laboratorio natural, el paracaidismo, sobre el estudio de la ansiedad y su dominio.

LECCIONES DEL PARACAIDISMO COMO UN LABORATORIO NATURAL PARA EL ESTUDIO DE LA ANSIEDAD Y SU DOMINIO

A lo largo de mi carrera me he interesado por el conflicto inconsciente. Primero, intenté estudiar los conflictos inconscientes relacionados con el sexo y la agresión. La dificultad de esta investigación era que no podía encontrar un criterio adecuado de los conflictos inconscientes para validar mis medidas. Entonces empecé a pensar que podría ser más adecuado comenzar por los conflictos conscientes más simples. En ese momento, la casualidad asomó su benéfica cabeza. Un estudiante graduado recién llegado, llamado Walter Fenz, me pidió que lo empleara como ayudante de investigación. Cuando discutíamos nuestros intereses mutuos, él mencionó que era paracaidista y le dije que estaba contratado, ya que ahí había alguien que practicaba un deporte que a la vez suscitaba y requería el dominio de una clara fuente de ansiedad, la posible muerte por un fallo del paracaídas, exactamente la clase de conflicto que yo había estado buscando.

La investigación sobre paracaidismo se convirtió en una de las más recompensantes que he realizado (Epstein, 1962, Epstein, 1983b; Epstein y Fenz, 1965; Fenz

y Epstein, 1962, 1967, 1968). Con frecuencia, todo parecía funcionar con tal consistencia entre individuos que el análisis estadístico resultaba superfluo. Conforme a nuestra hipótesis, los resultados se adecuaban a mi modificación del modelo de conflicto de Miller en el que se asumía que el gradiente de evitación es más inclinado que el de aproximación. Cuando los paracaidistas novatos evaluaban sus sentimientos de aproximación y evitación en diferentes momentos antes y después del salto, sus puntuaciones de aproximación eran mayores que su evaluación de la evitación dos semanas antes del salto, pero menores que las puntuaciones de la evitación poco antes del salto. La mayor parte de los paracaidistas novatos saltaron, no porque les apeteciese, sino por un compromiso autoimpuesto para hacerlo, es decir, saltaban por obligación, no por un deseo espontáneo.

Cuando evaluamos a paracaidistas novatos con un test de asociación de palabras que contenía una dimensión estimular de palabras que variaban en su relación con el paracaidismo, los paracaidistas novatos invariablemente producían un gradiente monotónico de incremento de la magnitud de la RGP como una función del incremento de la relación de las palabras con el paracaidismo, y el gradiente era siempre más inclinado a medida que el test se realizaba en un momento más próximo al salto. Sin ninguna razón especial, excepto que teníamos curiosidad por saber cómo reaccionarían los paracaidistas novatos, incluimos algunos términos ansiógenos como *quedar reventado y muerto*. En ese momento, la cuestión de la defensa perceptiva era de gran interés, pero los hallazgos de la literatura eran ambiguos, porque los investigadores no podían determinar si la respuesta retardada a las palabras tabú se debía a la defensa perceptiva o al rechazo de los participantes para responder a palabras embarazosas. No había tal ambigüedad en los resultados de los estudios de paracaidismo, ya que las palabras no eran tabú. Además, las mismas palabras ansiógenas que se percibían mal el día del salto, se percibían correctamente un día control. Esto era congruente con nuestra observación de que los paracaidistas novatos estaban más ocupados con el control de su ansiedad a medida que se aproximaba el salto. Aprendimos que lo consiguen principalmente mediante la percepción selectiva y la inhibición de los pensamientos productores de ansiedad.

También aprendimos algo sobre un fenómeno, incluso más interesante, relacionado con el dominio de la ansiedad en situaciones amenazantes. Los novatos, en su desesperación por mantener la ansiedad bajo control, utilizaban unas defensas relativamente rudimentarias tales como la negación, percepción selectiva, y defensa perceptiva. A medida que ganaban experiencia, las

³ Cognitive-Experiential Self-Theory (CEST)

defensas iban desapareciendo gradualmente. Esto nos enseñó que el proceso normal de dominio en situaciones de amenaza es usar las defensas para apaciguar la experiencia de ansiedad, de modo que el individuo no experimente más ansiedad de la que sea capaz de manejar en cada momento. En el uso normal adaptativo de las defensas para desenvolverse en situaciones estresantes, las defensas se van abandonando a medida que el dominio progresa. En el uso anormal, inadaptado, de las defensas, éstas se mantienen de forma rígida.

Un resultado aún más interesante era la inesperada aparición de curvas de magnitud de la RGP en forma de U invertida en el test de asociación de palabras como una función de la relación del paracaidismo con las palabras estímulo. Estas curvas nunca fueron producidas por los paracaidistas novatos, mientras que los paracaidistas experimentados las producían invariablemente. Además, cuanto más experimentados eran los paracaidistas, antes llegaba la curva al punto máximo. Esta relación se observaba en los datos longitudinales con individuos según iban adquiriendo experiencia, así como en datos cruzados con grupos que variaban en experiencia. Obtuvimos resultados similares cuando examinamos la reactividad fisiológica a lo largo de una dimensión temporal previa al salto. El punto máximo de las respuestas de ansiedad de los novatos coincidía con que el paracaidista reconocía estar preparado para empezar a saltar, mientras que para el paracaidista experto esto ocurría en un periodo anterior. Tales resultados además apoyaban la conclusión de que la ansiedad se domina mediante inhibición y que el gradiente de inhibición era más inclinado que el gradiente de excitación. La reacción de U invertida es altamente adaptativa, ya que preserva la función inicial de alarma de ansiedad sin poner en peligro al individuo al permitir niveles altos de *arousal*, que podrían interferir con el funcionamiento efectivo en el momento del salto. Más tarde, mientras leía un libro de lavado de cerebro, advertí que Pavlov había hecho una observación semejante relacionada con el dominio retrospectivo de la ansiedad en perros traumatizados. Era apasionante encontrar que alguien de la talla de Pavlov proporcionaba un apoyo confirmatorio a nuestros extraños hallazgos e interpretaciones. El resultado fue que a partir de ese momento leí bastante a Pavlov y comprendí que sus puntos de vista eran considerablemente diferentes y mucho más interesantes que las ideas simplistas que me había formado de él al leerlo en fuentes de segunda mano.

Animado por los resultados que obtuvimos de los estudios de ansiedad en contextos naturales, decidimos que el siguiente paso era examinar los mismos principios en el laboratorio en condiciones más controladas. Sustit-

tuimos el temor de un shock eléctrico por el temor del salto en paracaídas y medimos las reacciones fisiológicas y mediante autoinforme a lo largo de una dimensión de tiempo precedente al shock anticipado. El nivel de experiencia se manipulaba variando la cantidad de exposición a la condición experimental. Para nuestra sorpresa, no pudimos replicar el fenómeno del paracaidismo; y los resultados que obtuvimos tenían niveles más bajos de fiabilidad y, contrariamente al paracaidismo, no siempre eran replicables.

También realizamos lo que pensábamos que era un estudio mejorado de defensa perceptiva con paracaidistas. En lugar de presentar las palabras estímulo en el test de asociación de palabras alto y claro mediante un cassette, como habíamos hecho previamente, medimos el umbral perceptivo para las palabras ansiógenas y las neutras con un taquiscopio. Este procedimiento más que ofrecer una medida más potente de defensa perceptiva en lugar de la medida cruda, no lograba producir ningún fenómeno de interés. ¿Por qué el procedimiento más preciso era menos revelador que el tosco? El intento de responder a esta cuestión nos dio una importante lección contraintuitiva acerca de la naturaleza de la investigación psicológica, principalmente que los efectos significativos con un error estándar alto son preferibles en muchas circunstancias a los efectos con una significación estadística semejante basados en un error estándar menor.

Cuando se examinan las variables que tienen escasas consecuencias para los participantes del experimento, fuentes de variación incidental e incontrolada relativamente pequeñas, como la personalidad del examinando, pueden ser confundidas con efectos experimentales y parecer relativamente elevadas si se compara con el refinado error medio que se ha obtenido en un experimento altamente controlado. El resultado es que se pueden obtener efectos experimentales altamente fiables que se deben a la influencia de variables incidentales poco relevantes que se confunden con la manipulación experimental. Expresado en otros términos, la conducta es tan específica de la situación que la conducta observada en el contexto de laboratorio puede carecer de generabilidad porque está muy influida por variables incidentales sin identificar que pueden llevar a confusión.

La situación opuesta prevalece en el estudio de situaciones de intensa auto-implicación, tales como el miedo a convertirse en un charco de sangre si el paracaídas no se abre. Aquí, la varianza debida a la variable experimental es tan grande que puede dominar incluso fuentes de variación incidental importantes. Consecuentemente, se pueden obtener los mismos resultados a pesar de una variación incidental considerable de variables

tales como la personalidad del examinado o el tiempo atmosférico. Es importante considerar que, al igual que una prueba estadística, tal como la *t* o la *F*, consiste en una razón del error de varianza, el mismo nivel de significación puede obtenerse tanto con la razón de dos números altos como de dos números bajos. Sin embargo, en el primer caso, los resultados son más fácilmente replicables porque son menos susceptibles de reproducir variables incidentales debidas a un fallo.

Hay aún otra consideración importante con respecto a las limitaciones de la experimentación de laboratorio que puede ilustrarse con el fracaso para reproducir los efectos de defensa perceptiva cuando se utiliza el taquistoscopio. Normalmente se espera que el método experimental proporcione condiciones que permitan el establecimiento de generalizaciones relativamente libres de contexto que puedan ser aplicadas en combinación con otras generalizaciones semejantes para predecir la conducta en situaciones específicas. Este punto de vista presupone un modelo similar al de la química, donde los elementos pueden combinarse de distintas maneras para producir compuestos. Es realmente un modelo elegante cuando se puede aplicar, pero eso no significa que sea un modelo adecuado para la Psicología. Lo que con frecuencia no se tiene en cuenta es que el experimento psicológico no proporciona un contexto neutro, sino más bien un contexto único, que, dependiendo de la naturaleza del fenómeno que investiguemos, puede producir muchos menos efectos generales de lo que normalmente se asume.

El aura producida por el uso del taquistoscopio animó a los participantes a contestar con precisión, lo que resultó ser antitético del efecto que queríamos observar. Los resultados obtenidos con el procedimiento aparentemente más casual dependían de la desatención selectiva, de modo que el contexto ofrecido por el taquistoscopio interfirió con tal reacción. Estos resultados indicaron que es importante determinar si los resultados son muy específicos de las condiciones únicas bajo las que se han obtenido y carecen de una generalización más amplia, necesaria para la generación de principios científicamente significativos. Esto puede determinarse permitiendo que los elementos incidentales del experimento, tales como la personalidad del examinando, varíen, y anotando si los resultados de interés son lo suficientemente robustos para permanecer constantes bajo tal variación incidental. A juzgar por mi propia investigación, sospecho que la replicabilidad de muchos de los hallazgos publicados, incluyendo los de las revistas más exigentes, es mucho menor de lo que generalmente se asume, aunque yo no dudo de que algunos de los resultados sean muy robustos. La cuestión es que la replicabilidad debería demostrarse empíricamente y no asu-

mirla porque el resultado tenga un nivel de significación estadística alto, tal como erróneamente se hace.

LECCIONES DEL DEBATE PERSONA-SITUACIÓN

En un libro sobre evaluación de la personalidad, en 1968, Mischel cuestionaba la muy extendida práctica de inferir rasgos a partir de unos cuantos signos de los tests de personalidad, incluyendo las técnicas proyectivas. Concluía que la predicción de la conducta a partir de los rasgos produce por lo general correlaciones que no sobrepasan el .30, lo que despectivamente titulaba "coeficientes de personalidad". Había muchos aspectos útiles en la crítica de Mischel, tales como sus cautos comentarios acerca de los rasgos inferidos a partir de datos insuficientes o poco fiables. Sin embargo, para muchos, fue demasiado lejos cuando concluyó que, a excepción de la inteligencia, la conducta era demasiado específica de la situación como para apoyar el concepto de disposiciones transituacionales o rasgos. Mischel aparentemente no era consciente en ese momento de que la correlación media entre ítems en la mayoría de los tests de inteligencia era menor de .30 y de que las medidas de CI alcanzan su alta fiabilidad y generabilidad mediante agregación de datos, exactamente de la misma manera que más tarde voy a argumentar y demostrar que podría ser obtenida mediante medidas de personalidad. Pero voy a seguir adelante en mi historia.

En cualquier caso, Mischel había introducido sin darse cuenta una paradoja con implicaciones de largo alcance: ya que existían pruebas incontrovertibles de que, bajo una amplia variedad de circunstancias, la conducta es altamente específica de la situación, ¿cómo pueden existir rasgos generales como sostenían los teóricos de los rasgos? Los defensores del enfoque situacionista creían que no había rasgos generales, y pensaban que los teóricos de los rasgos debían reconocer la verdad de esta observación bien demostrada y abandonar su camino erróneo. Se produjo un rosario de intercambios en la literatura psicológica (por ejemplo, Alker, 1972; Argyle y Little, 1972; Bem, 1972; Bem y Allen, 1974; Block, 1968; Bowers, 1973; Ekehammar, 1974; Endler y Magnusson, 1976; Golding, 1975; Mischel, 1973; Sarason, Smith y Diener, 1975; Shweder, 1975; véase Magnusson y Endler, 1977 si se busca un libro editado que contenga los enfoques de muchos de los principales protagonistas de este debate), mientras quienes creían en los rasgos intentaban defender su posición frente a este asalto aparentemente devastador. La réplica de los situacionistas a los argumentos empleados por los teóricos de los rasgos era que, aunque el concepto de rasgo parecía ini-

cialmente muy razonable, carecía de apoyo empírico, tal como atestiguaba el obtener un .30 cuando las medidas de rasgos se correlacionaban con cualquier clase de conducta objetiva. Tal como argumentaba persuasivamente un influyente situacionista (Bem, 1972), todo lo que los teóricos de los rasgos tendrían que hacer era producir correlaciones mayores de .30 entre conductas objetivas y rasgos, y entonces Mischel “desmontaría su tienda y se esfumaría” (pag. 18).

Una de las soluciones propuestas en aquel momento era adoptar una posición situacionista que reconociera que la conducta nunca está determinada sólo por la situación o sólo por la persona, sino siempre por la interacción de las dos. Sin embargo, tal como señalé en ese momento en mi réplica a la posición interaccionista (véase, por ejemplo, Epstein, 1979a), los interaccionistas no tenían más éxito en alcanzar la barrera del .30 que los demás. Además, como hice notar más adelante, rasgos, situaciones e interacciones no deberían verse como soluciones alternativas al mismo problema, sino identificadores de tres problemas distintos, cada uno de ellos igualmente legítimo en sus derechos. Para ciertos propósitos es útil estudiar la influencia general de las situaciones en una muestra de personas, lo que puede llevarse a cabo agregando más personas; para otros propósitos es más útil examinar disposiciones de respuesta en una muestra representativa de situaciones, lo que puede realizarse agregando más situaciones; y todavía para otros propósitos, es importante examinar la interacción entre personas y situaciones, agregando la conducta de subgrupos de sujetos en subgrupos de situaciones. Cada uno de estos procedimientos ofrece información significativa; y no tiene sentido discutir cuál es más importante, ya que, dependiendo del propósito del investigador, cada uno de ellos puede ser más o menos importante.

El debate persona-situación no me interesaba inicialmente porque me parecía evidente que la conducta debía de tener un grado razonable de generalidad transituacional, al menos suficiente para apoyar el concepto de rasgo como disposiciones conductuales de amplio espectro, o la sociedad no podría funcionar. Si la personalidad era básicamente inconsistente, entonces la conducta humana sería esencialmente impredecible. Uno podría seleccionar esposa al azar del listín de teléfonos. El concepto de responsabilidad carecería de sentido, se podría encarcelar o liberar a la gente al azar. No se podría escribir cartas de recomendación significativas, porque carecería de sentido describir a una persona como sensata, cooperativa, agresiva, carente de sentido de humor, etcétera, ya que ninguno de estos rasgos tendría valor predictivo. Así, el debate me parecía por completo absurdo. Me parecía evidente que probablemente si

había algo erróneo estaba más relacionado con la investigación que con el concepto de disposiciones de respuesta amplias y estables, o rasgos.

En el momento del debate, yo había realizado un estudio de las emociones en la vida cotidiana haciendo que los participantes anotaran diariamente los momentos de mayor satisfacción e insatisfacción emocional durante 30 días. Se me ocurrió que cada ítem de conducta podría considerarse semejante a los ítems de los tests de papel y lápiz. En ese caso tendrían baja fiabilidad y generabilidad y no podría esperarse que produjeran relaciones fuertes con otras variables. El agregado de datos, sin embargo, sí que lo lograría. La fórmula Spearman-Brown nos informa de la ganancia de fiabilidad que se puede esperar del incremento en el número de ítems en una escala y parecía que lo mismo debería aplicarse al número de ítems de conducta en un agregado. Para probar mi razonamiento, computé las correlaciones entre diferentes conjuntos de observaciones en un estudio día a día. Primero correlacioné el día 1 con el día 2, luego las medias del día 1 y el 3 con la media de los días 2 y 4, y así sucesivamente, hasta que correlacionaba la media de todos los días impares con la de los días pares. El resultado era que las correlaciones se incrementaban de acuerdo con la fórmula Spearman-Brown, alcanzando muchas de ellas valores superiores al .80.

Los estudios iniciales se habían hecho fundamentalmente sobre datos de autoinforme. Para determinar la generalidad de los resultados, realicé estudios con una variedad de otras bases de datos, incluyendo evaluaciones de jueces, datos objetivos en situaciones reales y datos objetivos de laboratorio (para ejemplo de estos estudios véase Epstein, 1977, 1979a, 1980a, 1980b, 1983d, 1984, 1986; Epstein y O'Brien, 1985). Los resultados en todos los casos fueron semejantes. Con raras excepciones, los ítems individuales de conducta no eran fiables, mientras que sus agregados sí lo eran. Además, una vez que se alcanzaba la fiabilidad, emergía una impresionante prueba de validez en la forma de relaciones coherentes con otras variables. Así, el problema del .30 de los “coeficientes de personalidad” quedaba resuelto: las correlaciones de los rasgos de autoinforme con las medidas objetivas quedaban generalmente debajo del .30 no porque las medidas de rasgos fueran deficientes, tal como Mischel había proclamado, sino porque las medidas objetivas casi invariablemente no eran fiables o carecían de generalidad. Proporcionaban un criterio inadecuado para evaluar los rasgos porque consistían en ítems individuales que carecían tanto de la generalidad como de la estabilidad del rasgo representado. En resumen, demostré repetidamente que al ir agregando conductas objetivas apropiadas, se podía traspasar

sar la barrera del .30 para la correlación entre medidas de rasgos y medidas objetivas.

Se podría pensar que la solución que propuse para resolver el debate persona-situación habría sido aceptada por todas las partes, ya que aplicaba uno de los principios fundamentales en Psicología, fundamentalmente que el agregado de muchas observaciones es más fiable que una única observación. Además, esto legitimaba la posición de los rasgos, la situacionista y la interaccionista. También demostraba que la conducta puede ser a la vez altamente específica y general: específica a nivel del ítem, general a nivel del agregado. Es seguro que mi solución se aceptó en muchos círculos como una solución satisfactoria al debate persona-situación.

Sin embargo, quedaba una dura resistencia y se presentaron algunos estudios que creían demostrar que la agregación de datos es un procedimiento inapropiado (véase la revisión en Epstein, 1986). Algunas de estas investigaciones consistieron en simulaciones por ordenador y derivaciones matemáticas, que sistemáticamente realizaban predicciones sin garantía y demostraban que el agregado producía resultados absurdos (por ejemplo, Day, Marshall, Hamilton y Christy, 1983, para cuya crítica puede verse Epstein, 1968).

Una segunda línea de ataque consistió en una interpretación errónea de mi propuesta como si ignorara la influencia de los factores situacionales (por ejemplo, Mischel, 1983, 1984; Mischel y Peake, 1982). Se afirmaba que mi posición proponía una agregación amplia e indiscriminada de situaciones, ignorando importantes diferencias entre situaciones. Me preocupaba esa mala interpretación, ya que había afirmado repetidamente que la agregación se puede realizar dentro de límites tan amplios o estrechos como sea apropiado para los propósitos de cada uno, y, en cualquier caso, que es necesario restringir la agregación a los ítems más adecuados a lo que las consideraciones conceptuales y psicométricas determinen. Sostuve que una tarea fundamental era establecer los niveles adecuados de fiabilidad y los niveles apropiados de generalización para el estudio de aspectos concretos. Bien se podría hacer una agregación restringida de ocasiones dentro de una única situación, así como una más amplia a lo largo de una muestra representativa de situaciones de la vida cotidiana. Además, insistí en que una razón por la que la agregación es importante es que los ítems individuales de conducta son extremadamente específicos de la situación. Así, si uno desea obtener medidas más amplias, es necesario agregar muchos ítems que midan diferentes aspectos del mismo constructo. El efecto combinado, como ocurre con las medidas de inteligencia, es que se obtiene una medida fiable y con mayor amplitud predictiva.

Resultaba irónico ser atacado por ignorar la especificidad situacional de la conducta, cuando la verdad era que había defendido repetidamente que la agregación es útil precisamente porque la conducta es altamente específica de la situación.

Durante un tiempo me cautivaba el porqué había tal resistencia a lo más simple, la verdad evidente que ofrecía la solución al debate persona-situación. Mischel y Peake (1982) me habían criticado duramente por dar a entender que muchos psicólogos eminentes a lo largo de la historia del debate podrían no haber advertido una explicación basada en la escasa fiabilidad del criterio conductual. Los hechos claramente indicaban que así era como había sucedido (véase Epstein y O'Brien, 1985). De algún modo había tal fe en el valor de los datos generados en el laboratorio, que las medidas convencionales de fiabilidad y validez quedaban gravemente comprometidas cuando se analizaban en contraste con las de aplicación rutinaria en tests de papel y lápiz.

Sospecho que la resistencia a mi posición deriva fundamentalmente del hecho de que la conducta, tal como yo mantenía, es situacionalmente específica, por donde la validez y fiabilidad de los experimentos de laboratorio que examinan la conducta en situaciones únicas y en ocasiones únicas (la práctica habitual) es a menudo cuestionable. El argumento se desarrolla de la siguiente manera. Si la mayor parte de la conducta en situaciones y ocasiones únicas no es fiable y específica de la situación, tal como demuestra la investigación, entonces se deduce que los resultados de los experimentos psicológicos, como generalmente se realizan, son mucho menos replicables y generalizables de lo que generalmente se ha asumido. Los situacionistas no lo pueden admitir por dos motivos: si la conducta es tan específica de la situación y carece de generalidad como ellos sostienen, entonces ¿cómo derivar amplias generalizaciones de los experimentos que examinan la conducta en situaciones y ocasiones únicas? Se acepta ampliamente que es inapropiado generalizar a partir de los estudios de casos únicos a la gente en general. ¿Bajo qué lógica es más aceptable generalizar de una situación y una ocasión únicas, como se hace en la práctica común? Mi posición ha sido siempre que la conducta es tan específica de la situación que la agregación es con frecuencia necesaria para establecer generalizaciones replicables.

Si los resultados de un experimento de laboratorio, tal y como normalmente se realizan, son con frecuencia irreproducibles y no generalizables ¿cómo puede ser que este importante hecho no haya sido reconocido más ampliamente? La respuesta es que los psicólogos conceden un lugar poco importante a los estudios de replicación. Muchas revistas señalan explícitamente que no

aceptan tales estudios y los libros de texto de Psicología y las revistas están repletos de referencias a estudios únicos que, supuestamente, han demostrado algún fenómeno importante. Uno generalmente encuentra referencias tales como, "Jones y Smith (1995), en un cuidadoso estudio, demostraron que..."

Creo que si la Psicología tiene que avanzar como ciencia, ha de tomarse más en serio la importancia de la replicación. Con esto no quiero decir que todos los experimentos sean irreplicables y no generalizables, ni siquiera que todos los experimentos con baja implicación personal lo sean. Hay algunos fenómenos básicos que no conllevan implicación personal y que son muy estables. Mi opinión es simplemente que la replicabilidad tiene que establecerse, no asumirse. Si sistemáticamente examinamos la replicabilidad de nuestros hallazgos publicados, no me cabe duda de que muchas clases de situaciones experimentales que se ha asumido que producen resultados fiables no corresponderían a tales expectativas, mientras que otras resultarían satisfactorias.

Más que disponer de revistas que orgullosamente proclaman que no aceptan estudios de replicación, éstas deberían hacer una clara convocatoria invitando a la réplica tras la publicación de nuevos hallazgos de especial interés. Relacionado con esto, nuestros libros de texto deberían sólo publicar resultados que han recibido diferentes muestras de replicabilidad, preferentemente en diferentes laboratorios. Es del todo irónico que la Psicología, una ciencia inexacta que debe apoyarse en el análisis estadístico para evaluar sus resultados, considere la replicación menos importante que otras ciencias más exactas como la Física y la Química, que ponen especial empeño en no aceptar un nuevo descubrimiento hasta que se ha replicado varias veces en diferentes laboratorios.

Para terminar la discusión sobre el debate persona-situación en un tono más positivo, déjenme señalar alguna de las cosas buenas que emergieron de tal debate. Una es que las virtudes y limitaciones de la agregación de datos como técnica de investigación se comprenden mucho mejor que antes. Es general, aunque todavía no es universal, el reconocimiento de que los ítems únicos de conducta presentan una fiabilidad y generabilidad demasiado bajas como para ofrecer bases fiables para la generalización. La existencia de rasgos, concebidos como disposiciones de amplio espectro y generalizables resulta indiscutible. Esto debe matizarse con la advertencia de que los rasgos son particularmente útiles a nivel descriptivo, y en sí mismos requieren explicación, ya sea biológica, de aprendizaje, cognitiva o una combinación de todas esas grandes vías. A un nivel conceptual, son sin duda un importante primer paso en la organización de datos.

Finalmente, el debate persona-situación ha allanado el camino para enfoques más sofisticados en la teoría e investigación sobre la personalidad, y están comenzando a emerger algunas convergencias interesantes. Por ejemplo, contrariamente a lo predicho por Bem, Mischel no desapareció con la ruptura de la barrera del .30. Más bien, él y sus asociados realizaron una serie de estudios explorando las limitaciones de una teoría descontextualizada de los rasgos al examinar la conducta en contextos específicos. Él razonablemente concluyó que los rasgos perfilan sólo las líneas más generales de la personalidad y es importante aportar rasgos con el conocimiento de cómo varía la conducta de la gente en función de límites situacionales (por ejemplo, Mischel, 1990). Mischel nos recuerda que no es suficiente saber que una persona, como media, es más agresiva que otras. Es importante especificar en qué circunstancias es más o menos probable que sea agresiva. Más recientemente, Mischel y Shoda (1995) ampliaron su modelo para incluir la organización intraindividual de variables y para reconocer el valor de aquello a lo que me he referido como el enfoque idiográfico-nomotético en el estudio la personalidad (Epstein, 1976, 1977, 1979b, 1980b, 1983a). En conclusión, es alentador observar que, fuera de la divergencia inicial, en el debate persona-situación está empezando a aparecer cierta convergencia sobre cómo debe estudiarse la personalidad. Merece la pena señalar a este respecto que la teoría actual de Mischel sobre la personalidad tiene mucho en común con mi Teoría del sí mismo cognitivo-experiencial (Epstein, 1973, 1990, 1994a) y con los procedimientos de investigación que he defendido (Epstein, 1979b, 1983a, 1983b; 1985, 1994b).

LA NECESIDAD DE UNA NUEVA TEORÍA DEL INCONSCIENTE Y UNA NUEVA TEORÍA DE LA PERSONALIDAD

El genio de Freud reside en su reconocimiento de la importancia de lo inconsciente, incluyendo su capacidad para distorsionar la operación de los procesos mentales superiores. Se asume que el razonamiento humano no es tan racional como la mayoría de la gente desearía creer. La hipótesis de Freud ha sido apoyada por una variedad amplia de conductas, desde la ubicuidad de las guerras y las rivalidades étnicas a lo largo de la historia, a la miseria a la que las personas se someten a sí mismas y a los demás, a pesar de su deseo de conseguir vidas felices y sensatas.

Freud infirió los principios de la operación de la mente inconsciente del estudio de los sueños. Concluyó que el procesamiento inconsciente de la información se

caracteriza por un “proceso primario” que opera mediante el deseo de satisfacción, representación simbólica, desplazamiento y condensación. Vivir la propia vida de acuerdo a los principios que gobiernan los sueños significaría obviamente ser un psicótico. Freud resolvió este problema proponiendo otra clase de procesamiento de la información, “el proceso secundario”, de carácter lógico y orientado a la realidad

IO El mayor problema con la teoría de Freud del inconsciente es que, desde una perspectiva evolutiva, no tiene sentido que el proceso primario se haya desarrollado como el aspecto más fundamental de la mente, cuando no es susceptible de adaptarse a la realidad. Es más, ya que los animales no tienen lenguaje, que es necesario para la operación del proceso secundario, tendrían que adaptarse a su ambiente sobre la base del proceso primario. Bajo tales circunstancias, deberían morir de hambre entre imágenes de satisfacción. De esto se sigue que debe haber una forma de procesamiento no verbal, diferente del proceso primario, que es adaptativo y que puede explicar cómo animales infrahumanos se adaptan a la realidad. Asumiendo que esto es así, sería sorprendente que hubiera desaparecido completamente en la cadena evolutiva cuando el Homo Sapiens entró en escena. Esta línea de razonamiento lleva a la conclusión de que existe una forma de razonamiento automático, no verbal, que opera mediante reglas diferentes de los procesos primario y secundario de Freud. Esta conclusión se ve apoyada por una considerable cantidad de teoría convergente y de pruebas de una amplia y variada procedencia, incluidas las teorías cognitivas y los nuevos desarrollos del psicoanálisis (Epstein, 1994a).

Me refiero al modo de operar no verbal, y automático como “sistema experiencial” porque está asociado con el aprendizaje por experiencia (en contraste con llegar a decisiones sobre la base de inferencia lógica, lo que pertenece al “sistema racional”). El sistema experiencial tiene mucho en común con lo que otros han llamado el inconsciente cognitivo, que es una forma más suave y amable de procesamiento de la información que la conceptualización freudiana de procesamiento inconsciente. Sin embargo, desde mi punto de vista, el modo de procesamiento de la información automático y no verbal está motivado emocionalmente y, por consiguiente, es cualquier cosa excepto un amable y más suave inconsciente. Es capaz de dar cuenta de la misma clase de conflicto intrapersonal e interacción psicodinámica que caracteriza al concepto de inconsciente de Freud. Como se verá en breve, esta idea de inconsciente desempeña un papel central en mi teoría de la personalidad.

Durante la mayor parte de mi carrera de Psicología, no me he identificado con ninguna teoría particular de

la personalidad. He visto que cada una de las principales teorías tenían algo importante que ofrecer, pero también algunas limitaciones graves. Por ejemplo, me atraía la posición de Carl Rogers (1951) de que cada uno tiene una visión única de la realidad y de que, si quieres entender a una persona, hay que tratar de ponerse en su lugar y ver el mundo desde la perspectiva de esa persona. Encontraba que esto era una perspectiva muy útil para hacer terapia, pero era consciente de que la idea de que cada persona es completamente única planteaba unos problemas formidables a la Psicología como ciencia. Además, gran parte del pensamiento de Rogers me parecía que estaba expresado en términos demasiado analógicos y poéticos para ser científicamente útiles. Por ejemplo, al presentar un caso del principio de crecimiento, él describe una planta podada dentro de una despensa haciendo patéticos esfuerzos por alcanzar la débil luz que entra por una ventana lejana. Esta definición de su concepto central, el sí mismo, era demasiado vaga y complicada, por lo que carecía de utilidad para objetivos científicos.

Un día, mientras pensaba acerca de la teoría de Rogers, se me ocurrió una idea que ponía cada cosa en su lugar. Estaba valorando la cuestión de qué podría ser el sí mismo que, sin ser material, era capaz de dirigir la conducta y funcionar de acuerdo al principio de crecimiento. La solución que se me ocurrió era que el concepto de sí mismo no era un concepto, sino una teoría, una teoría estructurada e implícita capaz de organizar la experiencia y dirigir la conducta como es característico de todas las teorías. Pensando me surgió la idea de que la teoría del sí mismo debe ser parte de una teoría extensa de la realidad que incluye una teoría del mundo y conecta proposiciones entre las dos subteorías. Las teorías, aun sin ser materiales, dirigen la conducta y crecen en interacción con el ambiente. La gente no se detiene conscientemente a desarrollar teorías de la realidad; más bien eso simplemente sucede, automática y preconscientemente, porque está en la naturaleza de la mente humana hacer conexiones entre sucesos y finalmente construir un modelo del mundo. Por la misma razón, forma parte de la naturaleza de las mentes de otros animales construir un modelo del mundo necesario para su existencia. Sin embargo, mientras que el modelo humano incluye una teoría del sí mismo, el modelo animal consiste sólo en un modelo del mundo (aunque aparentemente algunos animales de orden superior parecen tener un concepto rudimentario de sí mismos). Ese fue el comienzo de lo que luego denominé como la Teoría del sí mismo cognitivo-experiencial (TSCE).

Varios años más tarde (Epstein, 1983c), intenté delinear los principios que gobiernan la operación de lo que

denominé el “sistema experiencial”, donde reside la teoría implícita de la realidad construida automáticamente. De acuerdo con la TSCE, el sistema experiencial es uno de los dos sistemas conceptuales principales, siendo el otro el sistema racional. El sistema experiencial es preconsciente, automático, concreto, holístico, íntimamente vinculado a las emociones, dirigido a la acción y tiene una larga historia evolutiva. El sistema racional es primariamente consciente, deliberativo, analítico, verbal, no emocional y tiene una historia evolutiva breve (para una comparación completa de los dos sistemas véase la Tabla 1). Ningún sistema es superior al otro. Cada uno tiene sus propias ventajas y desventajas. Por tanto, no uso las palabras racional y no racional para referirme a formas superior o inferior de razonamiento, sino simplemente para describir dos modos de procesamiento de la información que operan mediante reglas diferentes.

Merece la pena señalar que los principios de operación del sistema experiencial de la Tabla 1 coinciden en gran medida con muchas teorías modernas de procesamiento de la información (Epstein, 1994a). Sin embargo, tal como acabo de señalar, una diferencia fundamental entre la TSCE y las otras teorías cognitivas es que estas últimas describen un inconsciente más suave y amable que el sistema cognitivo motivado emocionalmente propuesto por la TSCE.

Desde que propusimos la TSCE, mis colegas y yo

investigamos sus principios mediante un extenso programa de investigación. Los resultados han sido bastante alentadores. Este no es el lugar para una revisión extensa de estos estudios. El lector interesado puede consultar cualquiera de las numerosas publicaciones con dicha información (Catlin y Epstein, 1992; Denes-Raj y Epstein, 1994; Denes-Raj, Epstein y Cole, 1995; Epstein, 1985, 1990, 1991a, 1991b, 1991c, 1993a, 1993b, 1994a, Epstein, Denes-Raj y Pacini, en prensa; Epstein, Lipson, Holstein y Huh, 1992; Epstein y Morling, 1995). Baste con decir que la TSCE tiene potencia para dar cuenta de cualquier cosa que puedan explicar las teorías psicoanalíticas, y mucho de lo que no pueden explicar, incluyendo la ubicuidad del prejuicio, la superstición y la religión a lo largo de la historia (Epstein, 1994a). Y a un nivel más específico, la TSCE puede ayudar a explicar las bases del proceso de revisión de revistas que voy a discutir a continuación.

POR QUÉ EL PROCESO DE REVISIÓN DE LAS REVISTAS NECESITA SER MEJORADO

Comencé este artículo con una descripción de una revisión sesgada de un artículo que uno de mis colegas y yo enviamos sobre los gradientes de generalización. La recomendación de rechazo en dicha revisión me parecía

TABLA 1
COMPARACIÓN ENTRE LOS SISTEMAS EXPERIENCIAL Y RACIONAL

SISTEMA EXPERIENCIAL	SISTEMA RACIONAL
Holístico.	Analítico.
Automático, no requiere esfuerzo.	Intencional. Requiere esfuerzo.
Afectivo: Orientado por placer-dolor. (Lo que hace sentir bien).	Lógico: Orientado por la razón (Lo que no es sensato).
Conexiones asociativas.	Conexiones lógicas.
La conducta está guiada por <i>sensaciones</i> de hechos pasados.	La conducta está guiada por evaluación consciente de los hechos.
Codifica la realidad mediante imágenes concretas, metáforas, narraciones.	Codifica la realidad mediante símbolo abstractos, palabras, números.
Razonamiento rápido: Orientado a la acción inmediata.	Procesamiento lento: orientado hacia una acción retardada.
Resistente y lento para el cambio: Cambia con la experiencia repetitiva o intensa.	Cambia rápida y fácilmente: cambia con la fuerza de los argumentos y pruebas nuevas.
Diferenciado burdamente: gradiente de generalización amplia; pensamiento estereotipado.	Diferenciación de alto nivel.
Más burdamente integrado: Disociativo, complejos emocionales, procesamiento específico del contexto.	Alto nivel de integración: principios de contexto general.
Adquiere experiencia pasiva y preconscientemente: estamos asidos por nuestras emociones.	Adquiere experiencia activa y conscientemente: mantenemos el control de nuestros pensamientos.
Autojustifica su validez: la experiencia es creencia.	Requiere justificación por medio de la lógica y de pruebas.

que se basaba más en sesgos al servicio del revisor que en una valoración objetiva de los méritos del artículo. ¿Con qué frecuencia se producen estas revisiones? En mi experiencia, los méritos objetivos de un artículo se subordinan con frecuencia a lo amenazadores o alentadores que sean los resultados para los revisores. Cuando ahora envío un artículo para su publicación, soy consciente de que cuanto más innovadoras sean sus ideas más probable es que sea rechazado. El resultado es que con frecuencia es necesario enviarlos a muchas revistas diferentes antes de que tales artículos se publiquen. A medida que la tasa de intentos aumenta, puede esperarse que el problema empeore. La operación de tales sesgos en contra de nuevas ideas no es, por supuesto, sorprendente, dada la historia de adquisición de conocimiento a lo largo de los años y es completamente consistente con las ideas fundamentales de la TSCE y otras teorías de la personalidad.

De acuerdo a la TSCE, hay cuatro propósitos fundamentales de una teoría implícita de la realidad en el sistema experiencial: maximizar el equilibrio entre placer y dolor; asimilar los datos de la realidad dentro de un modelo del mundo estable, coherente y razonablemente verídico; mantener las relaciones, y estimular la autoestima. Sobre la base de los motivos para mantener un modelo estable del mundo y estimular la autoestima, uno puede predecir que todos los seres humanos, incluidos editores, revisores, autores, usted y yo, tendemos a hacer interpretaciones sesgadas de un suceso para satisfacer esas necesidades y que hay abundancia de pruebas en la investigación sobre verificación y estimulación de que estos motivos son ampliamente influyentes (Epstein, 1994a; Epstein y Morling, 1995; Sedikides, 1993; Sedikides y Strube, 1995; Swann, Griffin, Predmore y Gaines, 1987; Swann, Pelham y Krull, 1989). Todos tendemos a sentirnos amenazados por ideas que desafían nuestras creencias fundamentales y a apoyar los puntos de vista que ayudan a mantener nuestra identidad. El resultado es que puede esperarse que los sesgos operen inconscientemente durante el proceso de revisión en cualquiera de los bien intencionados y responsables revisores y editores.

Uno podría esperar que con el incremento de revisiones y su correspondiente aumento de la tasa de rechazos, la calidad de los artículos publicados mejorase. En su lugar, mi impresión es que muchos de los artículos recomendados para publicación son menos controvertidos, más complicados metodológicamente y menos interesantes y creativos que muchos de los que son rechazados. No estoy haciendo una plegaria a favor de una investigación brillantemente concebida, pero pésimamente realizada. Lo que estoy sugiriendo es que uno puede ir demasiado lejos dando más importancia a la tecnología

que a la creatividad y los aspectos intuitivos de la investigación. Mi preocupación es que también mucha investigación buena y creativa es rechazada, no porque sea técnicamente inadecuada, sino porque viola los paradigmas más conocidos o los intereses creados. La excusa para rechazar un artículo amenazante es, con frecuencia, alguna presunta violación técnica, algo que siempre es posible encontrar, teniendo en cuenta que no hay procedimiento en Psicología sin limitaciones inherentes. Uno siempre puede defender la preferencia por un procedimiento experimental o estadístico alternativo, como un diseño entre sujetos en lugar de intra-sujeto (o viceversa); o uno puede insistir en que el significado de todas las medidas sea verificado mediante operaciones separadas, sin importar que su significado sea evidente y costoso en tiempo y esfuerzo; o uno puede insistir en el grado de control experimental, como contrabalancear de todos los modos posibles, esto es, pedir más de lo que se ha hecho para apoyar una visión alternativa más conocida; o uno puede atacar la preparación del autor expresando gran indignación por la omisión de una referencia de gran valor para el revisor; o uno puede señalar que una hipótesis no se ha verificado, sino sólo apoyado, ya que esto siempre es posible, dada la suficiente ingenuidad para pensar en una explicación alternativa.

Los procedimientos mediante los que los manuscritos son revisados difícilmente podrían diseñarse mejor para facilitar la operación de sesgo. Los editores pueden influir en las revisiones mediante la selección de los revisores. Es típico que un editor seleccione uno o más revisores de la lista de referencias del manuscrito. Esto tiene sentido porque los mencionados en el manuscrito son, con toda probabilidad, autoridades reconocidas en el ámbito en consideración. Ahora consideremos dos manuscritos: uno apoya y otro desafía el punto de vista prevaleciente sobre un tema. La mayor parte de los autores de referencia en el manuscrito se sentirán satisfechos con sus resultados en la medida en que apoyen su propio punto de vista. Así, a menos que el editor intente equilibrar a los revisores con otros que tienen un enfoque opuesto, la probabilidad de que el primer manuscrito sea recomendado para publicación aumenta sustancialmente. En lo que respecta al otro manuscrito, casi todos los autores citados se sentirán amenazados y a menos que el editor pregunte a los revisores del segundo manuscrito por revisores que se sentirían satisfechos con él o, al menos, que tengan una opinión imparcial, todos los revisores tendrán intereses creados para no recomendar su publicación. Seguramente, la mayor parte de los revisores de ambos manuscritos harán un intento sincero de ser objetivos. Sin embargo, un sesgo inconsciente influirá en la operación de cognición consciente. El

deseo de ser objetivo no es suficiente. Estoy firmemente convencido de que, si hay una variable que influye fuertemente en la evaluación de un artículo competente, es el grado en el que los resultados apoyan o amenazan la propia posición del revisor.

He discutido con anterioridad en este artículo la operación del procesamiento arriba-abajo y abajo-arriba. Aunque cualquiera pretenda que el proceso opera de abajo-arriba, como señalé anteriormente, el procesamiento arriba-abajo suele ser la norma. Los revisores no pueden evitar tener sentimientos inarticulados acerca de un manuscrito. Sería sorprendente que tales sentimientos no se vieran influidos por intereses creados, tales como que el manuscrito amenaza o apoya la opinión del revisor. Como se demostró en la investigación sobre la TSCE (por ejemplo, Epstein, 1994a; Epstein et al., 1992), dichos sentimientos vagos, llamados *sensaciones*, influyen habitualmente en el curso del procesamiento cognitivo consciente. Si los sentimientos son identificados conscientemente, existe al menos la posibilidad de controlarlos. Si no, existe casi la certeza de que será una causa de procesamiento sesgado. Ser consciente de este proceso puede ayudar a los revisores a evitar la influencia de los sesgos inconscientes.

Creo que otra condición que contribuye de forma importante al sesgo de las revisiones es el anonimato de los revisores. Ni los editores de artículos de revista, ni los revisores de libros están protegidos por tal anonimato. ¿Por qué deben estarlo los revisores de artículos? Una razón es que pueden protegerlos de represalias. Otra es que los revisores pueden tender a intercambiar favores con los autores que revisan y ser menos críticos de lo que deberían ser. Aunque hay mucho que decir en ambos casos, después de mucho pensar, y haber inspeccionado los resultados de muchas revisiones firmadas y no firmadas, he llegado a la conclusión de que el pecado del secreto resta peso a sus virtudes. El secretismo, bien sea practicado por agentes de la CIA o por revisores de artículos de revista, es un asunto peligroso que alienta la irresponsabilidad, las operaciones al servicio de los propios intereses, y legitima la dureza. Si los revisores redactan sus revisiones con honestidad, respeto y en conciencia, dudo que teman a las represalias. Por el contrario, si las realizan caprichosa, irresponsablemente, con rudeza y al servicio de sus propios intereses, entonces tienen mucho de lo que preocuparse. Por esto exactamente creo que sería deseable eliminar el anonimato. Más importante que mis impresiones, sin embargo, es que debería abrirse una investigación sobre este asunto. Como primer paso, sería de gran ayuda obtener información sobre la tasa de recomendaciones de aceptación y sobre la calidad de las revisiones en los informes firmados y no firmados.

Además respecto a la operación de sesgos inconscientes, el problema que más me ha impresionado en muchas revisiones que he visto es la falta de equilibrio en la valoración de los rasgos positivos y negativos de los artículos. Muchos revisores parecen centrarse en los rasgos negativos de un artículo y hacen sólo un intento superficial, si es que lo hacen, para sopesar los valores del artículo frente a su debilidad. Estos revisores aparentemente identifican un artículo de nivel alto con ausencia de errores y ven su tarea exclusivamente como un desafío a su habilidad para detectar cualesquiera limitaciones que puedan existir. Un enfoque más constructivo sería ponderar qué es lo que un artículo tiene que aportar para el avance del conocimiento. La estructura mental tras estos dos enfoques es diametralmente distinta. Si, como sabemos, hipótesis fuertes influyen en la percepción y la interpretación, revisar un artículo con una estructura mental negativa probablemente provocará fallos en la apreciación de lo que es valorable en un artículo y favorecerá interpretaciones erróneas e incluso distorsiones. Debería ser un procedimiento estándar para los revisores hacer un listado de los rasgos positivos y negativos de un artículo y hacer un balance entre unos y otros antes de llegar a una recomendación.

Como respuesta a un borrador preliminar de este artículo, agradezco a David Watson por sugerirme un procedimiento alternativo para facilitar la publicación de una investigación y teoría más innovativas, algo que ya se ha practicado por revistas como el *Journal of Personality*, y que es publicar números especiales, intercambios entre autores que representan diferentes puntos de vista y participantes invitados. Tales suplementos darían una nota de color al aburrimiento que caracteriza a la mayoría de las revistas profesionales. La información sería particularmente útil en el estadio de formulación de hipótesis y desarrollo de ideas. Las secciones formales de las revistas podrían dejar un lugar para temas especiales, incluyendo una sección para replicaciones de estudios importantes en los que fueran acogidas replicaciones que incluyan nuevos resultados particularmente interesantes. Estamos bastante faltos de información respecto a la replicabilidad y generalidad de los resultados de diferentes clases de procedimientos. Sería realmente útil para la mejora de nuestra ciencia saber qué clases de procedimientos producirían resultados más o menos replicables y en qué clase de generalizaciones empíricas podemos confiar. En ausencia de tal información, es difícil saber cómo la Psicología puede avanzar eficazmente como una ciencia acumulativa.

He dado algunos pequeños pasos para mejorar algunas de las ideas arriba expuestas en mi propia conducta adoptando los procedimientos siguientes con la espe-

ranza de que también las sigan otros. Como revisor, ahora firmo todas mis revisiones. También indico las fechas en que recibo y reviso los artículos. Creo que si más revisores lo hicieran así, habría menos retraso en las revisiones. Como autor, durante un tiempo proporcioné a los revisores y editores *feedback* sobre mis reacciones a sus comentarios. Pienso que esos intercambios son de utilidad. Aunque la mayor parte de los editores cooperaron, algunos rehusaron enviar mis comentarios porque decían que sería ofensivo para los revisores que recibieran un *feedback* negativo. En ausencia de cooperación suficiente y considerando el tiempo y esfuerzo que llevaba escribir tales comentarios que no iban a ser enviados, decidí abandonar la práctica. Una solución más efectiva sería que los editores mismos desarrollasen formularios para que cumplimentasen los autores, y que podrían ser utilizados al menos para que ellos evaluaran a sus revisores.

He escrito esta sección con el propósito inicial de estimular el pensamiento sobre algunos asuntos fundamentales sobre el proceso de publicación en la medida en que se relaciona con el avance de la Psicología como una ciencia, más que para presentar ideas definitivas. De mis conversaciones con colegas, mi impresión es que hay mucha insatisfacción con el proceso actual de revisión y espero que podamos mejorarlo, sólo con dedicar nuestras mentes a hacerlo. Es evidente que hay pocas cosas más importantes para el avance de la Psicología como ciencia que la calidad de la investigación que se publica en nuestras revistas. La mayor parte de los editores y revisores trabajan duramente en lo que es un trabajo desagradado. De algún modo, necesitamos hacer que el procedimiento sea más atractivo. Esto debería acompañarse con enseñar a los estudiantes graduados la importancia de una revisión responsable para el avance de nuestra profesión, instruirlos en una revisión responsable y recordar a los estudiantes que ser revisor o editor debería ser considerado un honor y realizarse de acuerdo a ello. Proporcionamos ese entrenamiento ético en psicoterapia. ¿Por qué no hacer lo mismo con la revisión?

CONCLUSIÓN

He revisado algunas de las lecciones que he aprendido tras mis muchos años de realizar investigación sobre personalidad. He incluido el haberme hecho consciente del lado humano de la ciencia. Muy pronto aprendí algo que debería haber sabido desde siempre: que aquellos que persiguen la ciencia psicológica no son más puros de corazón que otros en su busca de la verdad, sino que, como todos los seres humanos, su pensamiento está ses-

gado por la necesidad de mantener sus más queridas creencias y alentar su autoestima, lo que influye en cómo practican la ciencia y evalúan la literatura de investigación. Afortunadamente, la ciencia es un proceso de autocorrección, de modo que el daño se restringe más que en otros ámbitos.

He discutido cómo mi investigación sobre el paracaidismo, como un laboratorio natural para el estudio de la ansiedad, influyó en mi modo de pensar sobre la naturaleza de la investigación psicológica. Aprendí que, en comparación con dicha investigación, los procedimientos cuidadosamente controlados de laboratorio aplicados a situaciones más triviales presentan serias limitaciones, así como ventajas, y que sorprendentemente un mayor control puede disminuir, en lugar de aumentar, la replicabilidad y generalizabilidad de los resultados.

He discutido algunas lecciones del debate personal-situación. Quizás la lección más importante que aprendí es que la conducta es tan específica de la situación que, a menos que demos los pasos apropiados para contrarrestar este hecho, nuestra investigación estará limitada en cuanto a la replicabilidad y generabilidad. Los situacionistas no pueden sostener estos dos aspectos a la vez: la conducta no puede ser tan específica de la situación como ellos mantienen, y que, al mismo tiempo, los resultados de estudios que habitualmente examinan respuestas a situaciones concretas en ocasiones concretas tengan la significación general que quieren atribuir a sus resultados. Esto significa que tenemos que tomarnos el asunto de la replicabilidad y generabilidad de nuestros hallazgos bastante más en serio de lo que deseáramos. Altos niveles de significación estadística pueden hacernos sentir bien cuando enterramos la cabeza en nuestros papeles, pero ningún nivel de significación estadística puede obviar la necesidad de demostrar la replicabilidad y generabilidad de nuestros resultados.

Otra importante lección que aprendí es que necesitamos mejores teorías globales de personalidad que las clásicas de las que disponemos. El simple hecho de que los intentos previos de formular nuevas teorías no han cubierto las expectativas, no debe ser razón para evitar continuar dichos intentos integradores. Uno de los pasos más importantes por dar es incorporar a las teorías una concepción más defendible del inconsciente. Ofrezco un ejemplo de una de esas teorías, la TSCE, que asume un inconsciente cognitivo emocionalmente dirigido que puede generar la clase de conflicto intrapersonal intenso e interacciones psicodinámicas que hasta ahora han sido del exclusivo dominio de las teorías psicoanalíticas.

Finalmente, he discutido el proceso de revisión que determina el tipo de investigación que se publica en nuestras revistas. Mi intención primera era traer a la

conciencia los problemas que existen actualmente, más que ofrecer soluciones definitivas. Mi preocupación más crítica era mejorar el control sobre los tipos de sesgos que a lo largo de la historia han impedido la adquisición de conocimiento acumulable. Creo que se pueden hacer mejoras significativas y que la recompensa por acelerar el progreso de la ciencia bien valdrá el esfuerzo.

Tras más de 40 años realizando investigación sobre personalidad y observando las vicisitudes de nuestro ámbito durante este periodo ¿puedo transmitir algunas palabras finales con agudeza y sabiduría? Me temo que no puedo ofrecer nada tan impresionante. Me gustaría comentar, sin embargo, algo sobre la que sospecho que es la razón más importante por la que los avances teóricos acumulados integrados en Psicología, en general y en Psicología de la personalidad, en particular, son más difíciles de obtener que en las llamadas ciencias “duras”: Es particularmente difícil para la humanidad mirarse a sí misma con objetividad. Lo que se necesita para un serio avance en Psicología de la personalidad no son muchos intelectos brillantes, sino la habilidad de encarar la cuestión de quiénes somos y, en particular, de cómo practicamos nuestra ciencia, y hacerlo con coraje, honestidad y en ausencia de falsas ilusiones, lo que no es tarea fácil dada nuestra naturaleza demasiado humana.

[Traducción: Almudena Giménez de la Peña]

REFERENCIAS

- Alker, H. A. (1972). Is personality situationally specific or intrapsychically consistent? *Journal of Personality*, 40, 1-16.
- Argyle, M., & Little, B. R. (1972). Do personality traits apply to social behavior? *Journal of Theory of Social Behavior*, 2, 1-35.
- Bern, D. J. (1972). Constructing cross-situational consistencies in behavior: Some thoughts on Alker's critique of Mischel. *Journal of Personality*, 40, 17-26.
- Bern, D. J., & Allen, A. (1974). On predicting some of the people some of the time: The search for cross-situational consistencies in behavior. *Psychological Review*, 81, 506-520.
- Block, J. (1968). Some reasons for the apparent inconsistency of personality. *Psychological Bulletin*, 70, 210-212.
- Bowers, K.S. (1973). Situationism in psychology: An analysis and a critique. *Psychological Review*, 80, 307-336.
- Catlin, G., & Epstein, S. (1992). Unforgettable experiences. The relation of life-events to basic beliefs about self and world. *Social Cognition*, 10, 189-209.
- Day, H. D., Marshall, D., Hamilton, B., & Christy, J. (1983). Some cautionary notes regarding the use of aggregated scores as a measure of behavioral stability. *Journal of Research in Personality*, 17, 97-109.
- Denes-Raj, V., & Epstein, S. (1994). Conflict between experiential and rational processing: When people behave against their better judgment. *Journal of Personality and Social Psychology*, 66, 819-829.
- Denes-Raj, V., Epstein, S., & Cole, J. (1995). The generality of the ratio-bias phenomenon. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 10, 1083-1092.
- Ekehammar, B. (1974). Interactionism in personality from a historical perspective. *Psychological Bulletin*, 81, 1026-1048.
- Endler, N. S., & Magnusson, D. (1976). Toward an interactional psychology of personality. *Psychological Bulletin*, 83, 956-974.
- Epstein, S. (1962). Theory and experiment on the measurement of drive and conflict. In M. R. Jones (Ed.), *Nebraska Symposium on Motivation* (Vol. 10, pp. 127-209). Lincoln: University of Nebraska Press.
- Epstein, S. (1973). The self-concept revisited, or a theory of a theory. *American Psychologist*, 28, 404-416.
- Epstein, S. (1976). Anxiety, arousal, and the self-concept. In G. Sarason & C. D. Spielberger (Eds.), *Stress and anxiety* (Vol. 3, pp. 183-224). Washington, DC: Hemisphere.
- Epstein, S. (1977). Traits are alive and well. In S. Magnusson & N. S. Endler (Eds.), *Personality at the crossroads: Current issues in interactional psychology* (pp. 83-98). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Epstein, S. (1979a). The stability of behavior: 1. On predicting most of the people much of the time. *Journal of Personality and Social Psychology*, 37, 1097-1126.
- Epstein, S. (1979b). Explorations in personality today and tomorrow. *American Psychologist*, 34, 649-653.
- Epstein, S. (1980a). The self-concept: A review and the proposal of an integrated theory of personality. In E. Staub (Ed.), *Personality: Basic issues and current research* (pp. 82-132). Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.
- Epstein, S. (1980b). The stability of behavior: II. Implications for psychological research. *American Psychologist*, 35, 790-806.
- Epstein, S. (1983a). A research paradigm for the study of personality and emotions. In M. Page (Ed.), *Nebraska Symposium on Motivation* (pp. 91-154). Lincoln: University of Nebraska Press.
- Epstein, S. (1983b). Natural healing processes of the mind: H. Graded stress inoculation as an inherent coping mechanism. In D. Meichenbaum & M. Jaremko (Eds.), *Stress prevention and management. A cognitive behavioral approach* (pp. 39-66). New York: Plenum.
- Epstein, S. (1983c). The unconscious, the preconscious, and the self-concept. In J. Suls & A. Greenwald (Eds.), *Psychological perspectives on the self* (Vol. 2, pp. 219-247). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Epstein, S. (1983d). Aggregation and beyond: Some basic issues on the prediction of behavior. *Journal of Personality*, 51, 360-392.
- Epstein, S. (1984). The stability of behavior across time and

- situations. En R. Zucker, J. Arnoff, & A. I. Rabin (Eds.), *Personality and the prediction of behavior* (pp. 209-268). San Diego: Academic Press.
- Epstein, S. (1985). The implications of cognitive-experiential self-theory for research in social psychology and personality. *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 15, 283-310.
- Epstein, S. (1986). Does aggregation produce spuriously high estimates of behavior stability? *Journal of Personality and Social Psychology*, 50, 1199-1210.
- Epstein, S. (1990). Cognitive-experiential self-theory. En L. Pervin (Ed.), *Handbook of personality theory and research: Theory and research* (pp. 165-192). New York: Guilford.
- Epstein, S. (1991a). Cognitive-experiential self-theory: Implications for developmental psychology. En M. Gunnar & L. A. Sroufe (Eds.), *Minnesota Symposia on Child Psychology: Vol. 23. Self-processes and development* (pp. 79-123). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Epstein, S. (1991b). Cognitive-experiential self-theory: An integrative theory of personality. En R. C. Curtis (Ed.), *The relational self: Theoretical convergences in psychoanalysis and social psychology* (pp. 111-137). New York: Guilford.
- Epstein, S. (1991c). The self-concept, the traumatic neurosis, and the structure of personality. En D. Ozer, J. M. Healy, Jr., & A. J. Stewart (Eds.), *Perspectives in personality* (Vol. 3, Part A, pp. 63-98). London: Jessica Kingsley.
- Epstein, S. (1993a). Implications of cognitive-experiential self-theory for personality and developmental psychology. En D. Funder, R. Parke, C. Tomlinson-Keasey, & K. Widaman (Eds.), *Studying lives through time: Personality and development* (pp. 399-438). Washington, DC: American Psychological Association.
- Epstein, S. (1993b). Bereavement from the perspective of cognitive-experiential selftheory. En M. S. Stroebe, W. Stroebe, & R. O. Hansson (Eds.), *Handbook of bereavement. Theory, research, and intervention* (pp. 112-125). New York: Cambridge University Press.
- Epstein, S. (1994a). Integration of the cognitive and the psychodynamic unconscious. *American Psychologist*, 49, 709-724.
- Epstein, S. (1994b). Trait theory as personality theory: Can a part be as great as the whole? *Psychological Inquiry*, 5, 120-122.
- Epstein, S., & Burstein, K. (1966). A replication of Hovland's study of generalization to frequencies of tone. *Journal of Experimental Psychology*, 72, 782-784.
- Epstein, S., Denes-Raj, V., & Pacini, R. (in press). The Linda problem revisited from the perspective of cognitive-experiential self-theory. *Personality and Social Psychology Bulletin*.
- Epstein, S., & Fenz, W. D. (1965). Steepness of approach and avoidance gradients in humans as a function of experience. *Journal of Experimental Psychology*, 70, 1-12.
- Epstein, S., Lipson, A., Holstein, C., & Huh, E. (1992). Irrational reactions to negative outcomes: Evidence for two conceptual systems. *Journal of Personality and Social Psychology*, 62, 328-339.
- Epstein S., & Morling, B. (1995). Is the self motivated to do more than enhance and verify itself? In M. H. Kerns (Ed.), *Efficacy, agency, and self-esteem* (pp. 9-29). New York: Plenum.
- Epstein S., & O'Brien, E. J. (1985). The person-situation debate in historical and current perspective. *Psychological Bulletin*, 98, 513-537.
- Fenz, W. D., & Epstein, S. (1962). Measurement of approach-avoidance conflict by a stimulus dimension in a test of thematic apperception. *Journal of Personality*, 30, 613-632.
- Fenz, W. D., & Epstein, S. (1967). Gradients of physiological arousal of experienced and novice parachutists as a function of an approaching jump. *Psychosomatic Medicine*, 29, 33-51.
- Fenz, W. D., & Epstein, S. (1968). Specific and general inhibitory reactions associated with the mastery of stress. *Journal of Experimental Psychology*, 77, 52-56.
- Golding, S. L. (1975). Flies in the ointment: Methodological problems in the analysis of the percentage of variance due to persons and situations. *Psychological Bulletin*, 82, 278-288.
- Hovland, C. L. (1937). The generalization of conditioned responses: I. The sensory generalization of conditioned responses with varying frequencies of tone. *Journal of General Psychology*, 17, 125-148.
- Magnusson, D., & Endler, N. S. (1977). *Personality at the crossroads: Current issues in interactional psychology*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Mischel, W. (1968). *Personality and assessment*. New York: Wiley.
- Mischel, W. (1973). Toward a cognitive social learning reconceptualization of personality. *Psychological Review*, 80, 252-283.
- Mischel, W. (1983). Alternatives in the pursuit of predictability and consistency of persons: Stable data that yield unstable interpretations. *Journal of Personality*, 51, 578-604.
- Mischel, W. (1984). Convergences and challenges in the search for consistency. *American Psychologist*, 39, 351-364.
- Mischel, W. (1990). Personality dispositions revisited and revised: A view after three decades. En L. A. Pervin (Ed.), *Handbook of personality: Theory and research* (pp. 1113-4). New York: Guilford.
- Mischel, W., & Peake, P. K. (1982). Beyond déjà vu in the search for cross-situational consistency. *Psychological Review*, 89, 730-755.
- Mischel, W., & Shoda, Y. (1995). A cognitive-affective system theory of personality: Reconceptualizing situations, dispositions, dynamics, and invariance in personality structure. *Psychological Review*, 102, 246-268.
- Rogers, C. R. (1951). *Client-centered therapy*. Boston: Houghton Mifflin.
- Rosenthal, R. (1991). An appreciation of Donald T. Campbell. *Psychological Science*, 2, 213-221.
- Sarason, I. G., Smith, R. E., & Diener, E. (1975). Personality research: Components of variance attributable to the person

- and the situation. *Journal of Personality and Social Psychology*, 32, 199-204.
- Sedikides, C. (1993). Assessment, enhancement, and verification determinants of the self-evaluation process. *Journal of Personality and Social Psychology*, 65, 317-338.
- Sedikides, C., & Strube, M. J. (1995). The multiply motivated self. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 21, 1330-1335.
- Shweder, R.A. (1975). How relevant is an individual difference theory of personality? *Journal of Personality*, 43, 455-484.
- Swann, W. B., Griffin, J. J., Predmore, S., & Gaines, B. (1987). The cognitive-affective crossfire: When self-consistency confronts self-enhancement. *Journal of Personality and Social Psychology*, 52, 881-889.
- Swann, W. B., Pelham, B. W., & Krull, D. S. (1989). Agreeable fancy or disagreeable truth? Reconciling self-enhancement and self-verification. *Journal of Personality and Social Psychology*, 57, 782-791.
- Tversky, A., & Kahneman, D. (1982). Judgment under uncertainty: Heuristics and biases. In D. Kahneman, P. Slovic, & A. Tversky (Eds.), *Judgment under uncertainty: Heuristics and biases* (pp. 3-20). New York: Cambridge University Press

La redacción de Escritos de Psicología agradece al *Journal of Personality* la autorización para haber traducido y publicado en castellano este artículo.